

## DEUTSCHE SCHRIFSTELLER MIT SPANIEN! ¡LOS ESCRITORES ALEMANES, CON ESPAÑA!

### PRIMAVERA EN MADRID

Acusaciones y proclamas; estas dos cosas puede expresar la pluma. Lo difícil es acercar la verdad a los hombres, la realidad escrita en el papel, para que sientan la guerra.

Cuando escribimos de Madrid, nuestra pluma tendría que filmar, pintar con colores, fotografiar a un mismo tiempo, para poder hablar a cada uno como si lo viese, como si lo sintiera, y no diermos ya sin antes comunicarse con otro, dispuesto también a dar su ayuda.

En esta hora en que hablamos del bombardeo de Madrid, el escritor escucha nuevas explosiones. Y esto que cuenta no es ya viejo, sino de ahora. Se ha repetido nuevamente y acaso de una manera más cruel.

Tirado sobre su propia sangre, en la acera, estaba herido gravemente, sin movimiento, un cuerpo que había querido atravesar la calle—ahora, un hombre en la esquina contraria te muestra un minúsculo de algo, una cosa con manchas encarnadas que se mueven despacio—. Tú miras. Son las piernas de un niño con calcetines y sandalias. El cuerpecito está muerto. Y el hombre que lo lleva—pálido, mirándole con espanto a los ojos—deja aquel manito en la calle, vomitando en la primera esquina.

No es el muerto quien siente su muerte, no; eres tú. Es la madre, que acaso en este instante, movida de un miedo indecible, porque ella también oyó el obús, grita el nombre de su hijo desde la ventana. Ella siente la muerte, y tú con ella.

La gente de la calle mira hacia otro lado. Tú te marchas allí. Y no son el zapatero ni el niño que estaba jugando junto a él, ni la mujer con el cesto de la compra que están volados en un charco de sangre ante la casa, sino tú, que también eres esto. La familia, los parientes que viven esta muerte, han enmudecido. A ellos también los ha alcanzado. Tú los miras. Sus bocas están abiertas.

Querían gritar los tres la misma cosa. Pero eres tú quien tiene que gritar por ellos.

En otra calle. Cuatro hombres sujetan a otro. Grita. Quiere saltarse. Patalea. No puede creerlo. Una media hora antes la tenía cogida de la mano. Ella quería ir solamente a la tienda. El mismo le había dado el dinero. Dijo antes de marchar: "Vuelvo en seguida", porque su Ricardo la acompañaba.

Ahora ella está sobre la camilla. Y la levanta hasta el furgón. Sabe que esto son sus piernas, sus zapatos. Alza el paño sangriento que cubre su cabeza. Vuelve a caer muy tranquilo. Los cuatro hombres le han soltado. Durante largo rato contempla lo que antes fue el rostro de ella. Los demás ya se han ido. Todo está silencioso. El coche que compone los cables del tranvía, roto también por la granada, levanta calladamente su escalera. De pronto, unos gritos agudos, y tres coches escaraban en el hoyo de la granada, pelándose por el trozo de metralla más grande.

Ahora el hombre vuelve a cubrir la cabeza queriendo con el paño. Los dos sanitarios mientan la camilla en el coche, subiendo él también. Y como quien quita una mancha cualquiera, la portera recoge la de la sangre que ella dejó ante la puerta de la casa. Las chiquillas han vuelto con su comba para jugar. Mientras dos de ellas le dan a la cuerda, la otra salta. Y entre tanto, en la portería se discute sobre qué es más terrible, si las bombas de aviación o las granadas de la artillería.

En otra plaza. Un grito histórico. Una mujer se refugia en el zaguán de una casa. Como paralizada, hay dos personas contra la pared, cogidas de las manos. Aún no se lo pueden explicar. Excitados, atropelladamente, dicen: "Si no hubiera sido por estas cuatro cosas, nos habríamos ido". Más arriba, en un café de la esquina, tras las grandes ventan-

nas, se hallan sentados paisanos y militares. En las mesas se habla y se ríe. Los camareros, con delantales blancos, sirven en cafeteras de plata un café hecho con cebada. Pero ni aun esto hace perder el humor a la gente. En la calle están parados algunos coches con las insignias de las brigadas. En una de las mesas se despiden dos oficiales. Uno de ellos era antes profesor. Tienen que volver al frente. Hacen girar la puerta, y con pasos rápidos se dirigen al coche. En este instante están tras ellos una bomba. Una de las ruedas vuela veinte metros por encima de la calle. Un trozo de granada se cuela en el café, atravesando la puerta. Si la columna de un farol de la calle se rompe y un tronco de árbol queda partido en dos, ¿qué quedará de un pobre hombre si es alcanzado por un trozo de este hierro? En el café, tendidos en el suelo, hay dos muertos. Los dos oficiales tuvieron buena suerte. Sólo los alcanzó un pedacillo de metralla. Con grandes heridas en la espalda, pudieron salvarse. Pero, a pesar de esto, trunfa la vida aquí después de unos minutos. Los trozos de cristales son barridos. El coche es recogido al instante, cobrando todo nuevamente su aspecto habitual.

Y Madrid dice: "Nuestra vida triunfa y triunfa también hoy sobre estos momentos que cortan con tanta crueldad la vida de miles de familias. Nosotros comprendemos qué significa cuando un padre se acerca a su casa por la noche, saludando a sus niños que lo esperan en el balcón, y cuando este balcón es alcanzado ante sus ojos, sepultando bajo los escombros a esos niños que un día, se está inquieto, preocupado, por si pudiera ocurrir algo sin estar en casa".

Si se le abandona por un día, se está inquieto, preocupado, por si pudiera ocurrir algo sin estar en casa. En este instante, algunos aviadores enemigos nos envían su saludo. Es esta una costumbre que nos advierte que hay guerra todavía, y que nosotros no debemos dejarnos engañar por la primavera. Esperemos poderlos alegrar pronto con una paz real y merecida. Dicen que entre las tropas fascistas la descomposición es cada vez más fuerte. Es explicable, ya que los soldados que ellos obligan a servirlos no saben por qué y para qué están dando su vida.

Quiero contarte un pequeño episodio, pero emocionante. Una tarde se presentaron algunos evadidos: jóvenes campesinos, alegres y sanos. Ordenó a dos camaradas españoles que los vigilaran. Uno de éstos miró las caras de los recién fugados, y dijo: "Son de mi provincia. A los de allí los reconozco en seguida." Entonces se comprobó que uno de los evadidos es verdaderamente de la misma ciudad que él. Y empezó a contar cómo los fascistas lo saquearon todo en su provincia. "Mí quientenas personas fueron fusiladas. Entre ellas, mi madre, que no quería descubrir dónde estaba su hijo más pequeño."

Mudo, el evadido ha escuchado todo esto, cada vez más excitado. Comenzó a temblar. El que lo vigilaba interrumpió su episodio burlándose su capote con un gesto brusco; pero verdaderamente noble. Y tirándose al evadido: "Cálmate—le dijo, ayudándole a ponerse—. Somos hermanos, a pesar de todo. Tú no tienes la culpa."

Cosas como ésta se repiten todos los días. Es una lucha muy grande. El camino de la unidad de este pueblo martirizado, pasa sobre muchas colinas y a través de horas difíciles. Pero el pueblo de ambos lados se encontrará aplastando al enemigo. La victoria será segura. —Hans Marchwitz.

Ahora suena un tiro, y de pronto, uno detrás de otro, muchos más. Y así va continuando. La paz de este paisaje de nadie desaparece. Estalla una fuerte tenida. La carretera—la "virginal"—tembla, y el aire retumba. Allí, donde nosotros hasta hace poco caminábamos mudos, silenciosos, rechinan los tanques—uno, dos, media docena—con estruendo, asombrándonos de que el ruido no sea aún más fuerte. Los tanques se han colocado delante de mí puesto. Un Ford marxón llega, descendiendo de él nuestro jefe de Estado Mayor. Extiende sus mapas: aquí está Cabeza Grande; aquí, Balsain; aquí, La Granja. El fuego de la fusilería empieza a extinguirse. Hemos rebasado la primera línea de los fascistas.

La carretera revive. De repente corren muchos coches. Coches de municiones regresan de las avanzadas, y lentos, balanceándose, los primeros sanitarios. Los pájaros cantan no se sabe dónde... La batalla ha comenzado.

THEODOR BALK  
EN EL TERCERO Y ÚLTIMO  
NÚMERO DE  
**El Mono Azul,**  
DEDICADO A LOS ESCRITORES  
ALEMANES, COLABORARON:  
**KURT STERN**  
**WILLI BREDEL**  
**ALFRED KANTOROWICZ**  
**ARTHUR KESTLER**

Kilómetro 33, kilómetro 34. Regresa una patrulla. Cuenta precipitadamente: 800 metros... Una finca... Iluminada... Voces ruidosas. Escuchamos en el silencio. De pronto, un grito. Y después de una pausa, otra vez el mismo grito. Alguien dice en tono de burla: "Un carbón". Respiramos profundamente. No quedamos allí. Tumbados en la cuneta de la carretera. El



Maria Osten

Si se llega por la noche, con luna, y la luz y la sombra son en él muy intensas, hay algo grande en todo este dolor y silencio. Se siente uno como en su propia casa. En un sofá desierto se imagina los miles de hombres dormidos, lo mismo que por la noche, y antes de cerrar los ojos, nos imaginamos a los amigos que ya están durmiendo. Es ese instante en que entre todos formamos una verdadera comunidad. De aquí sale la fuerza para el día siguiente. Es la serenidad, la tranquilidad de la población madrileña que nos da poder y vigor al frente. Gracias a esto, la sangrienta semilla de la primavera de Madrid dará el fruto del triunfo a la República española.

MARIA OSTEN

### DE UNA CARTA

X, 19, 4, 37

Entonces puedo decirte que todo marcha bien. Nuestra brigada internacional ha pasado semanas muy duras; pero llenas de éxitos. Siempre debo admirar el sacrificio y el valor incansable de nuestros camaradas internacionales. Sus aciertos son temibles para el enemigo, según confiesan los evadidos y prisioneros.

Aquí la primavera es muy hermosa. Un sol maravilloso, las praderas llenas de flores, y algunas golondrinas que van y vienen a nuestra pobre choza, vieja, carcomida, donde sobre nuestras cabezas, y a los de ellos, construyen sus nidos. La guerra embrutece; pero, aun así, muchas camaradas contemplan el trabajo familiar de estos pájaros.

En este instante, algunos aviadores enemigos nos envían su saludo. Es esta una costumbre que nos advierte que hay guerra todavía, y que nosotros no debemos dejarnos engañar por la primavera. Esperemos poderlos alegrar pronto con una paz real y merecida. Dicen que entre las tropas fascistas la descomposición es cada vez más fuerte. Es explicable, ya que los soldados que ellos obligan a servirlos no saben por qué y para qué están dando su vida.

Quiero contarte un pequeño episodio, pero emocionante. Una tarde se presentaron algunos evadidos: jóvenes campesinos, alegres y sanos. Ordenó a dos camaradas españoles que los vigilaran. Uno de éstos miró las caras de los recién fugados, y dijo: "Son de mi provincia. A los de allí los reconozco en seguida." Entonces se comprobó que uno de los evadidos es verdaderamente de la misma ciudad que él. Y empezó a contar cómo los fascistas lo saquearon todo en su provincia. "Mí quientenas personas fueron fusiladas. Entre ellas, mi madre, que no quería descubrir dónde estaba su hijo más pequeño."

Mudo, el evadido ha escuchado todo esto, cada vez más excitado. Comenzó a temblar. El que lo vigilaba interrumpió su episodio burlándose su capote con un gesto brusco; pero verdaderamente noble. Y tirándose al evadido: "Cálmate—le dijo, ayudándole a ponerse—. Somos hermanos, a pesar de todo. Tú no tienes la culpa."

Cosas como ésta se repiten todos los días. Es una lucha muy grande. El camino de la unidad de este pueblo martirizado, pasa sobre muchas colinas y a través de horas difíciles. Pero el pueblo de ambos lados se encontrará aplastando al enemigo. La victoria será segura. —Hans Marchwitz.



Hans Marchwitz

### EPISODIO ESPAÑOL

Han transcurrido dos semanas desde que las milicias tuvieron que abandonar el pueblo. Y junto con los hombres y los muchachos se fueron al monte que con arisca violencia cerraba la altiplanicie en el Sur. Vientos fríos los helaban de noche, mientras a sus pies se extendía la tierra calcinada por el calor de los días posteros de agosto. Los milicianos estaban tendidos tras las rocas, y no quitaban la vista de la llanura, cuyo suelo saltaba gimiendo de angustia. Desde allí había de venir el enemigo, pero también allí estaba el hogar, el pueblo. A simple vista sólo se veía una mancha abigarrada en medio de una llanura polvorienta. Pero mirando con los prismáticos del comandante el pueblo se acercaba mucho. Se podía reconocer la iglesia, con la torre ennegrecida de humo, porque la habían quemado; al lado, la casa del cura y la taberna, y alrededor, unas chozas tan miserables, que no merecían ni lastimar.

Al tercer día después de la retirada la imagen mostró en los prismáticos manchas multicolores de banderas y de humo; y él, inquietante en las calles. El enemigo había ocupado el pueblo. Cuando lo supieron los hombres se pusieron inquietos, murmuraban sobre la retirada y estaban dispuestos a descender de nuevo al valle para reconquistar el pueblo. No bastaba con las buenas palabras del comandante para hacerles desistir del propósito inoportuno; tuvo que regañarlos y amenazarlos e incluso recurrir a la violencia para hacer cumplir su orden.

Hacia once días que estaba el enemigo en el pueblo. Los milicianos maldaban su propia inactividad y pensaban en sus mujeres, que dejaban allí abajo. Ellas se quedaron pensando que podrían preservar al pueblo del saqueo. Pero a los barbaudos legionarios, con sus uniformes kaki, no les preocupaban gran cosa si ellas ni los mocosos estudiantes que pululaban con camisetas azules de la Falange y hacían de guardia al village, robaban y saqueaban lo que les placía, y si alguna mujer protestaba la maltrataban.

El pueblo agonizaba de día bajo el calor; sus noches eran cortadas por gritos que se perdían en la villa llanura.

Algunas de las mujeres fueron detenidas los primeros días por los soldados y conducidas ante el comandante, que quería saber por ellas dónde estaban sus maridos. Como se callaban las hizo azotar, y al seguir enmudecidas a pesar del tormento, las mandó encerrar en los cuarteles, al cementerio, donde fueron fusiladas. Primero se oyó una descarga cerrada; después, los tiros sueltos de gracia sonaron en el pueblo como las gotas últimas después de un chaparrón, y aunque todos sabían lo que había pasado nadie preguntaba nada; ni entonces ni después nadie hablaba de él ni nadie se detenía en la puerta de la iglesia; el comandante fascista hizo fijar una disposición que decía que el honor del pueblo español prohibe llevar luto por aquellos que en justicia encontraron la muerte.

La vida de las mujeres seguía como arrastrada por una cadena. Qué adelantaban con no salir a la calle en los primeros días? Para no morir de sed tenían que ir hasta el pozo, por las calles, bajo las miradas cínicas de los soldados, que seguían robando. Tenían que trillar el centeno si querían evitar que se pudriera en los campos. Aunque las propias faenas diarias ya les daban trabajo sobrado, aun hubieron de cargar con el de los hombres. Con mover las manos y doblar la espalda los días pasaban de prisa y apenas quedaba tiempo para precauciones. Tan sólo si poeusera el sol, antes que las noches de horror se extendieran sobre ellas, levantaban la vista hacia los montes nebulosos.

Al marcharse dijeron los hombres que volverían pronto; pero las mujeres dejaron de creer en la promesa, y parecían como si los montes en el Sur retrocedieran cada vez más.

Pero los niños no podían olvidar la promesa de los padres, y preguntaban constantemente cuándo por fin volverían. Y como las madres, refunfuñando, se negaban a contestarles, ellos inventaban historias sobre el retorno de sus padres.

Las historias más bonitas las sabía Margarita, una niña de grado de doce años, con la boca grande y siempre abierta en medio de la cara escuálida y los ojos pequeños y negros. Todos los días se tumbaba fuera del pueblo, en una pequeña península, a la sombra de un arbolito, y guardaba dos cabras. Había bautizado a los dos animales con los nombres de "Felipe" y "Marta". Cuando éstos, rendidos por el calor, se acostaban a la sombra, junto a ella, Margarita les costaba aquellas historias sobre el regreso del padre para que no se aburriesen mientras rumiaban. En estos cuentos el padre, con otros muchos, bajaba del monte con pasos de gigante y armado con un gran fusil, más grande que los fusiles de los soldados, que huyen ante él. Y desde luego traería dos grandes manojos de trébol para "Felipe" y "Marta". Y para Margarita? La muchacha miró las dos cabras y pasó la manita huesuda por el suelo caliente. Meditaba sobre qué debía traerle el padre para celebrar el regreso de verdad, y después de pensar largo rato, con la frente toda arrugada, pensaba si era más bonito un pañuelo o una pulsera. Una vez que renunció, aunque vacilando, al pañuelo y la pulsera, se acordó de otro regalo mucho más necesario. Abrazó primero a "Felipe" y a "Marta" y susurróles en las pequeñas orejas: "Un fusil para Margarita, un gran fusil."

Se levantó de un salto, asustando a los animales con su brusco movimiento, y agitó los brazos en dirección al monte, como si quisiera llamar al padre para que se apresurase a volver con sus obsequios. Mientras cantaba con una melodía inventada por ella misma: "U. H. P. U. H. P."

Si lo digo veinte veces seguidas —pensaba en su sentir infantil— el padre vendrá. Por eso repetía su pequeña canción, contando al mismo tiempo; pero al llegar a dieciséis dijo una voz:

—¿De quién son estas cabras? Margarita se volvió y vio un soldado que miraba a los animales con un guiño en los ojos. Apenas oyó la niña mirarle su cara encarnada, y bajando la vista vio los pies desnudos del hombre en la arena. Eran bastos y ásperos, con los dedos raramente grandes, que la llenaron de miedo.

—Bueno; ¿de quién son estas cabras?—preguntó el soldado por segunda vez.

A la niña le palpitaba el corazón tanto, que casi se temblaba, cuando le contestó:

—Son de mi padre y de mi madre. Se llaman "Felipe" y "Marta".

—Los nombres de tus padres no me interesan—dijo el soldado.—

—Las cabras se llaman así—dijo la niña en voz baja.

El soldado estalló a reír como si no hubiera oído nunca semejante cosa.

—¿De modo que aquí también las cabras tienen nombre?—exclamó.

—Han sido bautizadas en la plaza y el cura las recibió con agua bendita.

Además, no importa cómo se llaman—volvió a decir con calma a la niña, y le dio un palmadito en el hombro—. Una de las dos me la llevo de todos modos. No sabía el mismo si lo decía en serio o sólo quería gastarle una broma a la niña.

Esta es la última, delgadilla, escuálida. Y como el niño había perdido todo temor, dijo con voz severa:

—No, no te llevas ninguna cabra. Al decir esto miraba fijamente al soldado cara a cara aquel rostro encarnado, ancho, regular, como muchos otros rostros. Pero se guardaba de mirarle los pies, porque éstos le inspiraban miedo.

El soldado esperaba que la niña empezase a llorar o a suplicarle, y como no ocurrió así, y la muchacha se encerró en su resistencia, se enfadó el hombre de que su uniforme tan poco respetuoso infundiese en la pequeña, y se decidió a convertir la broma en verdad.

Aquella me llevo—dijo otra vez amenazador, y señaló con la mano a "Felipe".

Esta mano era tan horrible como los pies, y la niña, de nuevo presa de terror, llamó a voces a su padre pidiéndole socorro.

Mientras tanto, el soldado agarró la cabra, sin preocuparse de los gritos de la muchacha, pero vaciló de pronto y preguntó bruscamente dónde estaba el padre de la chica, pues quería pisar terreno seguro.

—Está en el monte—lloró la niña.

De modo que es un roño—bramó ahora el soldado—. Basta, pues, de bromas.

Los dos días que estaba el enemigo en el pueblo. Los milicianos maldaban su propia inactividad y pensaban en sus mujeres, que dejaban allí abajo. Ellas se quedaron pensando que podrían preservar al pueblo del saqueo. Pero a los barbaudos legionarios, con sus uniformes kaki, no les preocupaban gran cosa si ellas ni los mocosos estudiantes que pululaban con camisetas azules de la Falange y hacían de guardia al village, robaban y saqueaban lo que les placía, y si alguna mujer protestaba la maltrataban.

El pueblo agonizaba de día bajo el calor; sus noches eran cortadas por gritos que se perdían en la villa llanura.

Algunas de las mujeres fueron detenidas los primeros días por los soldados y conducidas ante el comandante, que quería saber por ellas dónde estaban sus maridos. Como se callaban las hizo azotar, y al seguir enmudecidas a pesar del tormento, las mandó encerrar en los cuarteles, al cementerio, donde fueron fusiladas. Primero se oyó una descarga cerrada; después, los tiros sueltos de gracia sonaron en el pueblo como las gotas últimas después de un chaparrón, y aunque todos sabían lo que había pasado nadie preguntaba nada; ni entonces ni después nadie hablaba de él ni nadie se detenía en la puerta de la iglesia; el comandante fascista hizo fijar una disposición que decía que el honor del pueblo español prohibe llevar luto por aquellos que en justicia encontraron la muerte.

La vida de las mujeres seguía como arrastrada por una cadena. Qué adelantaban con no salir a la calle en los primeros días? Para no morir de sed tenían que ir hasta el pozo, por las calles, bajo las miradas cínicas de los soldados, que seguían robando. Tenían que trillar el centeno si querían evitar que se pudriera en los campos. Aunque las propias faenas diarias ya les daban trabajo sobrado, aun hubieron de cargar con el de los hombres. Con mover las manos y doblar la espalda los días pasaban de prisa y apenas quedaba tiempo para precauciones. Tan sólo si poeusera el sol, antes que las noches de horror se extendieran sobre ellas, levantaban la vista hacia los montes nebulosos.

Al marcharse dijeron los hombres que volverían pronto; pero las mujeres dejaron de creer en la promesa, y parecían como si los montes en el Sur retrocedieran cada vez más.

Pero los niños no podían olvidar la promesa de los padres, y preguntaban constantemente cuándo por fin volverían. Y como las madres, refunfuñando, se negaban a contestarles, ellos inventaban historias sobre el retorno de sus padres.

Las historias más bonitas las sabía Margarita, una niña de grado de doce años, con la boca grande y siempre abierta en medio de la cara escuálida y los ojos pequeños y negros. Todos los días se tumbaba fuera del pueblo, en una pequeña península, a la sombra de un arbolito, y guardaba dos cabras. Había bautizado a los dos animales con los nombres de "Felipe" y "Marta". Cuando éstos, rendidos por el calor, se acostaban a la sombra, junto a ella, Margarita les costaba aquellas historias sobre el regreso del padre para que no se aburriesen mientras rumiaban. En estos cuentos el padre, con otros muchos, bajaba del monte con pasos de gigante y armado con un gran fusil, más grande que los fusiles de los soldados, que huyen ante él. Y desde luego traería dos grandes manojos de trébol para "Felipe" y "Marta". Y para Margarita? La muchacha miró las dos cabras y pasó la manita huesuda por el suelo caliente. Meditaba sobre qué debía traerle el padre para celebrar el regreso de verdad, y después de pensar largo rato, con la frente toda arrugada, pensaba si era más bonito un pañuelo o una pulsera. Una vez que renunció, aunque vacilando, al pañuelo y la pulsera, se acordó de otro regalo mucho más necesario. Abrazó primero a "Felipe" y a "Marta" y susurróles en las pequeñas orejas: "Un fusil para Margarita, un gran fusil."

Se levantó de un salto, asustando a los animales con su brusco movimiento, y agitó los brazos en dirección al monte, como si quisiera llamar al padre para que se apresurase a volver con sus obsequios. Mientras cantaba con una melodía inventada por ella misma: "U. H. P. U. H. P."

Si lo digo veinte veces seguidas —pensaba en su sentir infantil— el padre vendrá. Por eso repetía su pequeña canción, contando al mismo tiempo; pero al llegar a dieciséis dijo una voz:

—¿De quién son estas cabras? Margarita se volvió y vio un soldado que miraba a los animales con un guiño en los ojos. Apenas oyó la niña mirarle su cara encarnada, y bajando la vista vio los pies desnudos del hombre en la arena. Eran bastos y ásperos, con los dedos raramente grandes, que la llenaron de miedo.

—Bueno; ¿de quién son estas cabras?—preguntó el soldado por segunda vez.

A la niña le palpitaba el corazón tanto, que casi se temblaba, cuando le contestó:

—Son de mi padre y de mi madre. Se llaman "Felipe" y "Marta".

—Los nombres de tus padres no me interesan—dijo el soldado.—

—Las cabras se llaman así—dijo la niña en voz baja.

El soldado estalló a reír como si no hubiera oído nunca semejante cosa.

—¿De modo que aquí también las cabras tienen nombre?—exclamó.

—Han sido bautizadas en la plaza y el cura las recibió con agua bendita.

Además, no importa cómo se llaman—volvió a decir con calma a la niña, y le dio un palmadito en el hombro—. Una de las dos me la llevo de todos modos. No sabía el mismo si lo decía en serio o sólo quería gastarle una broma a la niña.

Esta es la última, delgadilla, escuálida. Y como el niño había perdido todo temor, dijo con voz severa:

—No, no te llevas ninguna cabra. Al decir esto miraba fijamente al soldado cara a cara aquel rostro encarnado, ancho, regular, como muchos otros rostros. Pero se guardaba de mirarle los pies, porque éstos le inspiraban miedo.

El soldado esperaba que la niña empezase a llorar o a suplicarle, y como no ocurrió así, y la muchacha se encerró en su resistencia, se enfadó el hombre de que su uniforme tan poco respetuoso infundiese en la pequeña, y se decidió a convertir la broma en verdad.

Aquella me llevo—dijo otra vez amenazador, y señaló con la mano a "Felipe".

Esta mano era tan horrible como los pies, y la niña, de nuevo presa de terror, llamó a voces a su padre pidiéndole socorro.

Mientras tanto, el soldado agarró la cabra, sin preocuparse de los gritos de la muchacha, pero vaciló de pronto y preguntó bruscamente dónde estaba el padre de la chica, pues quería pisar terreno seguro.

—Está en el monte—lloró la niña.

De modo que es un roño—bramó ahora el soldado—. Basta, pues, de bromas.



Bodo Uhse

Sacó una cuerda del bolsillo y la ató al cuello de la cabra para llevársela.

—Pero el padre vendrá cuando lo pame—gritó la niña tragando lágrimas.

El soldado reía.

—Tendrás que gritar muy fuerte, chica—dijo.

Ya se marchaba con la cabra cuando Margarita se irguió y le saltó encima como una fiera. Le da patadas en el vientre, le arranca la cara. Ciega de ira, le llegaba con los dedos a los ojos, y cuando le mordió la mano, el soldado dio un grito de dolor y tuvo que empujar su fuerza para librarse de ella. Soltó la cuerda, y Margarita hizo otra vez con la cabra. De redillas en el suelo, con el vestido destrozado y la cara pálida, abrazaba a los dos animales.

El soldado miraba extrañado a la criatura. Sintió talor. Se sentó frente a Margarita en la arena y miró alrededor. La chica no se movía y seguía abrazando estrechamente a los animales. Su gran boca se hizo estrecha, sus ojos chiquitos, abiertos desmesuradamente, miraban a la cara del hombre. Por fin movió el soldado la cabeza y rió.

—¿Cómo son "Felipe" y "Marta"?—preguntó—, si no hay ningún chivo?

—Cuando llame al padre vendrá—repitió la niña temblando.

El soldado rió más estruendosamente, y eso sonaba a mal presagio.

—Un chivo ha de llevar cuernos—exclamó.

Margarita no se movió. Si dijo: —Cuando llame al padre vendrá.

Aquí se le acabó al hombre la paciencia. Con una palmada en la rodilla se levantó de un salto.

—Me llevo las dos—dijo.

Margarita comprendió que ya no podría impedirle al soldado llevarse los animales. Vió sus grandes pies acercándose a ella, y en su impotencia quiso tirarse desesperadamente al suelo. Se le ocurrió entonces una broma que a menudo gastaba con otras chicas. Se levantó riendo de repente, pues la broma tenía que ser así; señaló con la manita en dirección al monte:

—¡Ahí viene el padre!—exclamó. Y cuando vió que el soldado, engañado, efectivamente miró hacia allí, quiso huir de prisa.

Pero desde la dirección que ella señaló, precisamente desde la montaña, llegaba un avión volando muy bajo y directamente hacia ellos.

El padre—pensaba Margarita—; es mucho más bonito que todas las historias. ¡Si! viene con un avión!

Le repitió en voz alta al soldado: —Aquí tienes al padre. Ya te dije que viene cuando lo llamo.

El soldado miró hacia el cielo azul y reconoció las anchas tiras rojas en la cola y en las alas del avión.

La niña se burlaba.

—No me lo quieras creer. "Felipe", "Marta"—llamó a las cabras, y echó a correr.

Pero no fue muy lejos, porque el soldado sacó un revólver y disparó. Como era buen tirador, el segundo tiro le dio en el corazón.

¡Válgame la Pílarica!—pensó al ver caer a la criatura. ¡Tenía ya pechos la víbora!

Se volvió y lanzó un disparo intencional tras el avión, que descendió más alto y arrojó una bomba en el pueblo, cerca de la taberna.

Los milicianos, en el monte, veían con los labios apretados cómo una nube oscura de humo se elevaba sobre el pueblo. Comprendieron la señal. Bajaron del monte y se lanzaron al ataque. El padre de Margarita estaba entre ellos.

Bodo Uhse

### ANTES DE LA BATALLA

Empieza la noche; es decir, en términos militares son las diecinueve. Nos reunimos con el comandante de nuestro batallón. No vemos la tempestad, que se acerca; no tenemos ojos para los pinos silvestres ni para el arroyo serrano. En nosotros vive la emoción del día que va a venir. Entre nosotros está el comandante. Sus piernas son fuertes, como hechas para el pedestal de un trabajador de la guerra. Nos explica lo que tenemos que hacer mañana, pasado mañana; nombres de pueblos, cotas, kilómetros...

Cuando nos marchamos comienzan a llover copiosamente. Empezando de la lluvia salen rostros que no sabemos qué pueden significar para nosotros. ¡Volveremos a verlos vivos otra vez?

Tengo que decir primeramente: era una marcha extraña. Acaso extraña sólo en mi imaginación, porque nada ocurría. Por encima de la carretera se encorvaban los árboles altos y negros. La luz de la luna resaba de las copas al empujando, pálido, limpio, como recién lavado. Marchamos por una carretera completamente "virgen". Nueve meses que ningún coche ha pasado por ella. Nueve meses que ningún mulo la ha recorrido. La

hierba crece entre las piedras. Los solos pasos de algunas patruillas no pudieron hacerla cambiar de aspecto.

Caminamos por el país de nadie.

Léjos, ya detrás de nosotros, están nuestras alambradas, nuestra última casa. Marchamos en lo desconocido.

Vamos silenciosos por el borde de la carretera. Está prohibido hablar y fumar.

Kilómetro 35. Estaban de nuestro primer objetivo de combate—del pueblo de Balsain—nada más que a una distancia de mil metros.

Me detengo. Y saco mis vendajes y frascos.

Ahora suena un tiro, y de pronto, uno detrás de otro, muchos más. Y así va continuando. La paz de